

LA IGLESIA, EL ESTADO Y LA ACCION CATOLICA EN EL PERU

Por Cristóbal de LOSADA y PUGA

En estos días que serán para siempre memorables en la historia de nuestra país, se hallan en Lima, amén de otros preladados, los cuatro Arzobispos del Perú, reunidos para recibir los homenajes y las pruebas de adhesión y deferencia que todas las fuerzas vivas del país quieren rendirles conjuntamente, con motivo de la erección a la categoría de arquidiócesis de las diócesis de Arequipa, Cuzco y Trujillo y de la concesión al Arzobispo de Lima del título de Primado del Perú. Y en verdad que es muy justo que tan grandes acontecimientos sean subrayados por celebraciones como las que en estos días se realizan; porque marcan una nueva época en la vida religiosa de nuestro país.

Los peruanos todos tenemos una perfecta conciencia de lo que representa nuestro catolicismo dentro de la comunidad de la Iglesia mundial. Incluso aquellos que en un momento de extravío o de laxitud espiritual se apartan de las prácticas religiosas, saben como peruanos, todo lo que ha significado y significa nuestro país en ese prodigioso concierto que es la Iglesia de Cristo, y todos deseábamos desde hace mucho tiempo aquello que ahora es una grata realidad: ver aumentado el número de Sedes episcopales en el Perú, y elevadas las principales de ellas a la categoría de Arquidiócesis. Ha querido la Providencia que sea en nuestros días cuando tales anhelos se conviertan en realidad, por la feliz conjun-

Discurso del Presidente de la Junta Nacional de la Acción Católica Peruana, en la actuación organizada por esta Junta en homenaje al Arzobispo de Lima, Primado del Perú, Excmo. Mons. Pedro Pascual Farfán, y a los Arzobispos de Arequipa, Cuzco y Trujillo, Excmos. Mons. Mariano Holguín, Santiago Hermoza y Juan J. Guevara. 27 de agosto de 1943.

ción de la voluntad del Romano Pontífice, representado entre nosotros por un Nuncio ilustre que ha sido uno de los artífices de la obra, por el interés que un Gobierno verdaderamente católico pone en el mayor brillo y prestigio de la Iglesia, y en fin por la presencia en Lima, en Arequipa, en el Cuzco y en Trujillo, de preladados virtuosísimos y eminentes que van a ostentar con la alta dignidad que el caso requiere, los nuevos cargos y funciones de que han sido investidos dentro del vasto y radiante cuadro de la Iglesia.

El Romano Pontífice ha querido, al propio tiempo que erigia canónicamente en Arquidiócesis las diócesis de Arequipa, el Cuzco y Trujillo, otorgar al Arzobispo de Lima el título de Primado de la Iglesia Peruana, o más bien ha resuelto confirmarle en este título que ya le fué acordado en 1572, pero que había caído en desuso por los acontecimientos políticos y militares que causaron el desmembramiento del antiguo Virreinato del Perú, primero, y luego la constitución de varias repúblicas independientes. Además de este carácter de Primado del Perú, el Arzobispo de Lima va a ostentar el de Vicario General de las Fuerzas Armadas, con lo cual su influencia espiritual se extenderá sobre todo el territorio de nuestro país.

Nosotros sabemos bien que el título de Primado de una nación está vinculado a la Silla Arquiepiscopal y no a la persona del Prelado que la ocupa; a la inversa de lo que solía ocurrir en los primeros siglos del cristianismo, en que en las Iglesias de Africa, por ejemplo, el Primado era el Obispo más antiguo, o el más anciano, o el más sabio, o el más santo, de manera que quien ostentaba ese título no era siempre el ocupante de la misma Sede. De idéntica manera, el título de Arzobispos ha sido conferido por Su Santidad a los preladados que ocupen las Sedes de Arequipa, el Cuzco y Trujillo, y no sólo, personalmente, a los pastores que en estos momentos tienen en ellas el cayado. Pero aunque sabemos todo esto muy bien, nos felicitamos de que sean estos hombres ilustres los primeros en ostentar los nuevos títulos, y vemos en ello la manifestación clara de un designio providencial.

El nuevo Primado del Perú forma parte del episcopado nacional desde hace más de un tercio de siglo. Huaraz, el Cuzco, Lima, le han tenido sucesivamente como Pastor. Honrado por su ilimita-

da confianza, me hallo espiritualmente tan cerca de él, que puedo dar fé, mejor que nadie, de sus altas virtudes, de su clarísima y cultivada inteligencia, alerta y vivaz; de sus admirables dones de gobierno: la prudencia, que no excluye la firmeza; la benevolencia, que no excluye la justicia. Y cuando mañana se escriba la historia eclesiástica del Perú, la figura del actual Arzobispo de Lima será considerada no sólo como la del primer Arzobispo que ostentó el título de Primado de la Iglesia Peruana y de Vicario General de las Fuerzas Armadas: Monseñor Farfán, se dirá también, fué el Arzobispo de los Congresos Eucarísticos y el Arzobispo de la Acción Católica.

Monseñor Holguín, cuya larga vida de sacerdote y de prelado está identificada con la vida de una ciudad tan egregia como Arequipa y con la del país entero, aun ahora que en su gloriosa ancianidad demuestra una energía y un entusiasmo sorprendentes, tiene ya sin embargo la dimensión y la prestancia trascendente de un personaje histórico; y su calidad espiritual, su carácter y su autoridad son tales, que en medio de su humildad franciscana y de su dulzura evangélica ha sabido hacerse el centro no sólo de la vida espiritual y religiosa, sino de la vida total de nuestra gran ciudad del Sur.

Uno de los más eminentes colaboradores de Monseñor Holguín en Arequipa, periodista de fuste y eficaz organizador de la Acción Católica, fué apartado hace poco de ese campo de trabajo y llevado a ejercer el ministerio pastoral casi en el otro extremo del país, en una diócesis que debido a su prolongada vacancia, a la larga enfermedad del anterior Obispo, y a otras circunstancias, requería en el nuevo prelado condiciones personales extraordinarias de gobierno diocesano. Podemos estar absolutamente seguros de que la mano incansable, firme, prudente y docta de Monseñor Guevara, dará en unos cuantos años a Trujillo días de renacimiento religioso y de gloria espiritual acordes con sus grandes tradiciones.

En el Cuzco, Monseñor Hermoza ha tenido la singular fortuna de suceder al maestro que le formó, al ser éste llamado a ocupar la Silla de Santo Toribio. Honrado en plena juventud con el gobierno de diócesis tan vasta e importante, en la cual parece como que la grandiosidad arquitectónica y la opulencia artística de

los templos crearan un ambiente que incita al espíritu a acercarse a Dios a través de la magnificencia de la Liturgia, Monseñor Hermoza es, y lo será más cada día, un prelado que está a la altura de tan gran destino.

Y si el Papa ha podido honrar en forma tan merecida a estos cuatro Obispos, y si ha encontrado hombres que pudieran recibir tan altas distinciones con perfecta dignidad y en medio del beneplácito unanime, del aplauso respetuoso y de la emoción cariñosa de toda una nación, esto se ha debido a que eran obispos peruanos — podemos decirlo, no con orgullo, pero sí con profunda gratitud a la Providencia. Porque el Perú — ya lo he dicho en otra ocasión —, con sus Iglesias pobres, con su clero escaso y afrontado a graves problemas de orden social y económico, con sus masas populares e indígenas en las cuales quiere cebarse la propaganda de la herejía protestante, con su juventud amenazada por las diversas causas que tienden a corromper a la sociedad (exhibición de películas escandalosas, difusión de publicaciones inmorales o francamente obscenas, generalización del divorcio, etc.), ha recibido sin embargo del Señor el don insigne de poseer un episcopado ejemplar, cuyos miembros son todos sin excepción hombres de verdadero espíritu evangélico, profundamente respetables, dignos de la gratitud y el amor de sus diocesanos y merecedores de las mayores alabanzas.

* * *

El cristianismo riguroso, el cristianismo apostólico romano, es un elemento esencial no sólo de nuestras conciencias individuales, sino de la estructura social y aun política de nuestro país. El Perú, como la mayor parte de este hemisferio, fué incorporado por España a la civilización europea. Seguramente que muchos españoles vinieron a América atraídos por el triple espejismo del oro, de la aventura y de la guerra en un nuevo mundo; pero es absurdo creer que cuando la energía vital de tan gran nación como España se volcó en la empresa de civilizar a todo un continente, no hubo en el empeño total otra cosa que la codicia mezquina de algunos aventureros: había sobre todo el empuje prodigioso de una raza incomparable, que con un profundo sentido humano se propuso co-

municar su técnica, su lengua, su estilo vital, su cultura y su fé a millones de indios desparramados en montañas y llanuras, mezclando su sangre con la de ellos y creando así una nueva raza que había de llevar en forma indeleble, y dígase lo que se diga, las características inconfundibles del español y del americano. Al realizar tamaña empresa, la más gloriosa y admirable obra de colonización que contemplaron los siglos, España le dió un profundo sentido espiritual y religioso; y dondequiera que esos aventureros a quienes se suele vilipendiar con tan tremenda inconsciencia fundaron un pueblo por pequeño que fuese, construyeron una Iglesia y a menudo varias; y lo hicieron con tanto espíritu, con tanta técnica, con tanto arte, que ahora que han pasado los siglos los mejores monumentos que existen en nuestros países son las iglesias españolas. En su esfuerzo civilizador los españoles se empeñaron en arrancar a los indios de la idolatría; y es simbólico el que grandes templos cristianos, como el de Santo Domingo en el Cuzco y el de San Francisco en Cajamarca, se asienten sobre los tronchados cimientos de los antiguos templos del Sol.

Al independizarse de España estos pueblos que su genio civilizador había incorporado al mundo; digo mal, estos países que ella había creado fundiendo sus propios recursos espirituales con las posibilidades que la naturaleza y el hombre le brindaban en América, formaron repúblicas cuyas vidas, idénticas en muchos respectos, han diferido por otra parte en puntos fundamentales. Uno de los puntos en que se pueden encontrar mayores divergencias es, no tanto lo que respecta a los sentimientos religiosos de cada pueblo, sino más bien lo tocante a la política religiosa de cada gobierno y a la influencia que en los diversos países ha tenido la Iglesia en la vida nacional y en la vida social.

Las relaciones de la Iglesia con el Estado, las relaciones diplomáticas con el Vaticano, las disposiciones legales sobre la enseñanza, sobre el matrimonio civil, sobre el divorcio: hé allí principalmente los puntos en que vemos divergir la historia de los varios países americanos. Entre ellos, el nuestro es felizmente un país en el cual las relaciones entre la Iglesia y el Estado, una vez normalizadas pocos años después de la Independencia, no han constituido un problema político, ni el Gobierno del Perú ha tenido conflicto grave alguno con el Vaticano. La instrucción pública,

salvo uno que otro conato frustrado, se ha ajustado a las normas cristianas; y sólo en los últimos tiempos hemos tenido que lamentar que una institución condenada por la Iglesia — el divorcio — haya tomado carta de naturaleza en nuestra vida.

Propios y extraños, amigos y enemigos, reconocen esta profunda unión del Perú con la Iglesia, y sólo discrepan en la interpretación y en la valoración de los hechos, en cuya realidad todos están conformes. A este propósito son típicos la actitud y el criterio de un autor no católico, el norteamericano Mecham, profesor de la Universidad de Texas, quien en su libro sobre *La Iglesia y el Estado en la América Latina*,¹ dedica un largo capítulo a estudiar la "interferencia del clero" en todos los aspectos de la vida peruana, *hasta en la vida doméstica*; pero un capítulo lleno de inexactitudes, y cuyo tono general revela un desconocimiento fundamental de la vida y del espíritu de nuestro país.

Después de trazar con los más sombríos tonos el cuadro de un Perú dominado por los clérigos, el profesor norteamericano termina con éstas palabras: "La separación de la Iglesia y el Estado, aunque pronosticada sin reservas, no ha sido popular en el Perú. Ciertamente no ha sido oficialmente propuesta, salvo por la Federación de Estudiantes. Sin embargo, existe un definido movimiento anti-clerical que aspira a retirar a la Iglesia el sostén del Estado. Estos modernos anti-clericales no deben ser confundidos con los Liberales a quienes se deben reformas religiosas tales como la abolición de los fueros y diezmos, la legalización del matrimonio civil y la tolerancia religiosa. Los liberales de los primeros años eran nominalmente católicos, que protestaban su lealtad a la Iglesia al propio tiempo que combatían su dominio en la política. Los antagonistas de la Iglesia Peruana de hoy, no son ni siquiera nominalmente católicos. Son francamente, y hasta jactanciosamente, irreligiosos: ellos no ven la necesidad ni de Iglesia ni de Religión. Parece haber poca probabilidad, si la historia religiosa del Perú, México y otros países latino-americanos significa algo, de que los razonamientos iconoclastas y escépticos puedan de-

¹ J. Lloyd Mecham: *Church and State in Latin America*. A history of politico-ecclesiastical relations. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1934.

terminar una separación de la Iglesia y el Estado. La separación vendrá pacífica y automáticamente cuando el Estado y la Iglesia se convenzan de que ambos están preparados para ella y de que sus respectivos intereses serán así mejor servidos. Un apresuramiento en retirar a la Iglesia el sostén del Estado, y la adopción de medidas drásticas y coercitivas, podría resultar únicamente en violencias y en una situación general insatisfactoria. Esta ha sido la causa de los afanes religiosos de México. En el Perú, por otra parte, todas las razones justificables para una reforma religiosa como la adquirida en México han existido durante años. ¿Por qué entonces el diferente curso de su historia religiosa? Una respuesta a esta pregunta debe ser la expresión de una opinión, y la del autor es que el Perú ha carecido de la necesaria dirección intelectual. El país no ha producido los hombres necesarios para construir un régimen liberal realmente honesto."

Tan peregrina explicación parece verdaderamente inaceptable. Es absurdo pretender que en el Perú no hayan existido enemigos verdaderamente eminentes de la Iglesia. Para probar lo contrario basta recordar, por ejemplo, a Vigil, que es, como anota Menéndez y Pelayo en su obra monumental *Historia de los Heterodoxos Españoles*, el más conspicuo representante del jansenismo en la América Latina; y es curioso que Mecham, cuyo libro está bastante extensamente documentado, no cite las obras de Vigil ni lo mencione siquiera una vez.² No creo que ningún peruano, cualesquiera que sean sus ideas, piense que hemos carecido de un hombre que poseyera la capacidad intelectual o la autoridad suficientes para combatir a la Iglesia: cuando más podría sostenerse que nuestros más grandes hombres de Estado han sido católicos. A esta explicación negativa y *por carencia* que propone el profesor Mecham, nosotros podemos oponer una interpretación positiva, según la cual la situación presente se explica no por lo que nos ha

² Al tiempo de enviar a la imprenta estas cuartillas, llega a mis manos el N^o 14, correspondiente a junio de 1943, de la Revista *Universidad*, órgano de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fé, República Argentina, en el cual aparece un estudio titulado "Vigil, mentor americano", firmado por Rodolfo Barraco Mármol. Aunque discrepando en lo esencial del criterio que informa ese artículo, no quiero dejar de señalarlo, pues su autor, al reconocer la importancia de Vigil, prueba lo insostenible de la tesis de Mecham.

faltado, sino por lo que hemos tenido. Y yo propongo, como causas de la gran autoridad e influencia de la Iglesia en el Perú, las siguientes: primera, la misericordia divina; segunda, la intercesión de los santos peruanos: Santa Rosa, Santo Toribio, San Francisco Solano, Fray Martín de Porres, y de tantas monjas y frailes como han muerto en olor de santidad; y tercera, en lo temporal, a que nuestros gobernantes han sido, o católicos sinceros, u hombres bastante prudentes para no provocar conflictos religiosos, y sobre todo a que hemos tenido y seguimos teniendo una Iglesia digna de ese crédito y de ese influjo, regida por un episcopado que ha sabido cumplir sus deberes y hacer respetar sus derechos.

* * *

Pero estos preladados, todos excelentes preladados, y algunos de ellos grandes preladados, a menudo se han sentido solos, sin tener a su disposición otra cosa que un clero cada día más escaso por la falta de vocaciones sacerdotales, habiendo de luchar contra todas las fuerzas del mal que surgen por doquier.

Ciertamente que nada puede compensar en un país la escasez de clero, y sólo Dios sabe cuál sería la situación del nuestro, si no fuera por la colaboración de los sacerdotes europeos, valiosos elementos que vienen a reforzar con el más admirable espíritu las filas del propio clero nacional, y a los que tanto deben aquí la Iglesia, la sociedad y la cultura.

Pero, por fortuna, en los últimos años la Acción Católica, que se ha organizado en el Perú al igual que en las otras naciones del mundo, obedeciendo a directivas precisas emanadas de la cátedra de San Pedro, ha tratado de aliviar en algo esta situación verdaderamente crítica. Así como el maná del desierto era grato a todos los paladares y así como los discípulos de Jesús hablaban a cada pueblo en su propio idioma, ya que como dice San Pablo *habían recibido del Espíritu Santo el don de las lenguas*, así también la Acción Católica parece haber sido hecha a medida de las necesidades de cada nación; y esto nos hace ver cuánta verdad encierra la afirmación de Pío XI de que la había hecho nacer *no sin cierta inspiración divina*. Un país como el nuestro, con un clero escasísimo en proporción a su población y a sus necesidades,

con una tremenda heterogeneidad de ambientes y de individuos, parece el campo propicio a esta participación de los seculares en el apostolado jerárquico, trabajando cada uno por la recristianización de la sociedad en el propio medio en que vive y actúa.

Los Obispos peruanos comprendieron desde el primer momento el espíritu de la Acción Católica y todo lo que podían esperar de ella en el cumplimiento de su misión; y así se esforzaron por establecerla dentro de lo que les permitían los elementos con que contaban. Ciertamente que si comparáramos nuestra Acción Católica, establecida hace pocos años en medio de serias dificultades, la mayor de las cuales es la escasez de asesores, con la Acción Católica de grandes países europeos que cuentan con un clero suficiente, podríamos desalentarnos al pensar en lo poco que hemos hecho; pero nunca debemos establecer, en nada, comparaciones, que son todas ellas radicalmente falsas, porque jamás son semejantes las condiciones de vida de los distintos países. No comparemos, pues: limitémonos a pensar en lo que hemos hecho, analicemos las dificultades que hemos encontrado, y las causas de nuestros malos éxitos, para corregir errores en lo futuro, y para sacar escarmiento de nuestros pasados fracasos y estímulo de nuestros empeños logrados. Yo tengo acerca de la Acción Católica Peruana un optimismo inquebrantable: mientras contemos con el interés vigilante y con la dirección paternal, dulce y firme al propio tiempo, de nuestros preladados; mientras contemos con el espíritu de abnegación y sacrificio de nuestros sacerdotes, de estos admirables sacerdotes del Perú, que en medio del trabajo abrumador, múltiple y disperso que les impone su propio pequeño número, se dan tiempo para trabajar en nuestro movimiento como asesores, o para realizar las variadas labores que a cada momento les pedimos; mientras haya en los seculares una minoría dispuesta al trabajo — la levadura de que hablaba el Señor —; mientras en los colegios donde reina un espíritu religioso se prepare, como se hace ahora, a los futuros militantes de la Acción Católica, podemos confiar tranquilos en que nuestro movimiento irá creciendo: muchas veces no veremos que poderosas corrientes ideológicas o vastas colectividades humanas se incorporan a él, y sin embargo su caudal irá en aumento, semejante al caudal de los ríos que sin recibir gran-

des afluentes, se enriquecen con las aguas que surgen invisibles desde el fondo de su propio cauce.

Tenemos pues, los miembros de la Acción Católica del Perú, un profundo sentido de nuestro deber como auxiliares disciplinados y respetuosos de la Jerarquía, sentimos que los problemas de la Iglesia son nuestros propios problemas, y nos llena de alegría todo aquello que significa dignificación y aumento de prestigio del episcopado y del clero. Por eso en esta semana de festejos, en que se pone de manifiesto la íntima comunión fraternal que existe entre nuestros Obispos y en que se puede palpar cuán profundamente arraigada está la vinculación de la Sociedad y del Estado con la Iglesia, la Acción Católica Peruana ha querido hacer oír su voz y rendir público homenaje de respeto, de admiración y de gratitud a estos prelados, con los cuales nos sentimos en la más estrecha y profunda unión, organizando este acto en su honor. La presencia en él del Presidente de la República es una nueva prueba de la unión indestructible de la Iglesia y el Estado; y debemos sentirnos tranquilos y reconfortados, al ver los destinos de nuestro país en las manos de un jefe que proclama sus creencias religiosas, que en documentos tan graves como sus Mensajes al Congreso estudia las necesidades trascendentales de la Iglesia, y que no sólo habla en católico, sino que gobierna en católico.

Al tributar este homenaje a nuestros prelados, quiero terminar exaltando el interés y la virtud que todos y cada uno de los Obispos del Perú pone en el cumplimiento de su misión, y recordando cuán grandes son a la par su patriotismo y su lealtad para con el Vicario de Jesucristo, cuán profunda y plenamente están dados al Señor, cuán fraternal comprensión, respeto y caridad se guardan los unos a los otros. Tales son las causas que explican en lo humano el predicamento de que gozan entre su pueblo.

Y de ese pueblo, los miembros de la Acción Católica, los que más cerca se encuentran de ellos, los que mejor los conocen, han querido reiterarles en esta ocasión su propósito de trabajar sin desmayo para restaurar el reinado de Jesucristo entre los hombres.

Cristóbal de LOSADA y PUGA